

Y por último:

Y digo que cada cosa que cumple su giro perfecto es perfecta.

Posee Franco una ductilidad realmente hazañosa en lo de transponer su tono medio apocalíptico a los tonos menores de la lírica. Hay versos suyos para canción campestre que suman un encanto ingenuo a la frescura de la expresión familiar. He aquí la transposición poética de un bien conocido pensar filosófico:

Soy uno por fuera y por dentro.
Mujer, soy hombre ciertamente:
nada de tu alma o de tu cuerpo
podría serme indiferente.

Y esta confesión de tan vívido realismo:

Recién nacidos, sucios
y aún sangrientos,
¡cómo no he de ocultar
mis pensamientos!

Tales son algunas ligeras muestras de la veta que aflora en «Suma». Raro es hoy el libro de poesía americano que asume esta actitud personal, de una casi salvaje independencia de espíritu y acento. «Mi alma tiene la gravedad de las esposas en cinta» dice a plena conciencia el poeta. Y la gravidez.

<https://doi.org/10.29393/At163-18EMCE10018>

CHICOS DE ESPAÑA, por *Enrique Espinosa*.—Ediciones Perseo, Buenos Aires, 1938.

Esta obra breve y escueta del escritor argentino que se halla más directamente vinculado con los escritores chilenos de

hoy, es algo así como las páginas desglosadas o que se le olvidaron en la publicación de su libro anterior, «Compañeros de Viaje». El tono es algo más grave, o de una ironía más amarga en parte, cuando recuerda lo que le está pasando a esos muchachitos de España, vivarachos y alegres como gorriones con un grano en el buche, que le salieran al paso en su peregrinación por la Península, hace cuatro años. Alberto Romero, en su «España está un poco mal», encara el asunto desde un ángulo aproximado. Hay la misma piedad fraternal por ese pueblo recio y noble, de innata nobleza de carácter, que está siendo diezmado por la metralla aleve del fascismo. Es una literatura teñida de política, con ese color de púrpura caliente en que ha de empaparse inescapablemente la obra de un escritor que está viviendo la vida de su época. ¿Por qué, entonces, el autor se ha contentado con esbozar el asunto y limitar su campo de observación? Es probable que no haya habido en ello un propósito bien definido, aún cuando la mentalidad de Enrique Espinosa sea siempre la de un escritor muy consciente de cuanto dice.

Desde luego, al dar la preferencia a los chicos sobre los grandes de España, hasta sobre los grandes que llevan manto de Calatrava, yo veo en acción una característica del autor, según la cual los niños merecen nuestra estimación y nuestro respeto porque se hallan mucho más cerca de esa inocencia animal que celebraba el poeta Whitman. Los niños son los hombres todavía limpios de mucha hipocresía, de mucha abyección disimulada y cobarde. Los niños son además, para un soñador de una humanidad mejor, la esperanza y la reserva sobre la cual puede fundarse ese mundo más justiciero. Las bombas que esparcen sesos de niños por los pavimentos de Madrid y Barcelona tal como nos cuenta Neruda—no hacen pues su tarea tan a ciegas, pues la voluntad que dirige a los asesinos extranjeros ve en esos niños la semilla del Mañana vengador.

«Chicos de España» cuenta una excursión por Andalucía, remontando hacia Toledo. Comienza por la España británi-

zada de Gibraltar, donde los obreros españoles y los refugiados de su clase se agolpan contra los torniquetes de La Línea, con la esperanza de ganar afuera el pedazo de pan y un poco de libertad individual. De allí cruzan la bahía, y en Algeciras se embarcan el autor y su compañera un poco a la aventura. De esta manera se detienen en Ronda, la vieja ciudadela morisca, empinada en la cumbre de una meseta, junto a un tajo fragoroso. Irving pasó por aquí con su cabeza llena de imaginaciones y leyendas del pasado remoto. Waldo Frank estuvo últimamente llevando en su cabeza las claras imágenes y los embrollados símbolos de su «España Virgen». A todos ha impresionado esta tierra accidentada y adusta, asoleada y sonriente a la vez, que es como epítome de ese doble cariz español—cháchara comunicativa y taciturnos silencios.

En Granada el autor recoge ese contraste de una tierra todavía embozada en su albornoz morisco, sobre el cual han trazado su signo admonitorio los de la FAI, la Federación Anarquista Ibérica. En 1935 el escenario parece ya preparado para la tragedia en que ha de perder la vida el poeta García Lorca, junto con miles de republicanos y obreros granadinos. Espinosa, mucho más preocupado con el porvenir que con el pasado, llega a decir: «No hemos venido a Granada precisamente para verla (la Alhambra), como la totalidad de los turistas yanquis que llegan por el camino de Málaga; pero estar en Granada y no hacer una visita por mera curiosidad a la Alhambra, resultaría demasiado original. *Y nosotros no queremos incurrir en ningún exceso*». (Página 42).

Lo que ahora subrayo es precisamente lo que yo reprocharía al autor, si no conociera los motivos de escrupulosidad intelectual que le llevan a semejantes restricciones. Con sus facultades críticas siempre alertas, demasiado alerta acaso, da a ratos la impresión de vigilarse con exceso, impidiendo el fluir de esa espontaneidad que es precisamente uno de los mayores atractivos de las

notas de viaje. Pero este libro no quiere ser un itinerario sentimental ni pintoresco, y hay que respetar la modalidad del autor.

Sevilla no dice gran cosa al autor. Ha de llegar a Córdoba para encontrar aquello con que mejor ha de compenetrarse su temperamento. Frente a la Mezquita hay una gran fábrica de cerveza que ha tomado el nombre de aquella, como en París una tienda de confecciones se apropió el del Museo del Louvre. Paradojas del progreso, como dice Espinosa, y del crecimiento inorgánico de estas viejas ciudades en nuestra época. «Córdoba—concluimos ya de regreso a nuestro hotel—recuperará su pasado esplendor en vez de los intereses contrarios que ahora la dividen, vuelva a estar animada de una nueva virtud común».

En Toledo como en Madrid, volveremos a oír como la clave del pensar del autor, esa referencia a la armonía fundamental que debe existir en la vida del individuo como de las naciones. Lo que está en conflicto con su propia naturaleza, no puede subsistir o dar fruto benéfico. En política, en literatura, en la vida corriente, lo esencial es que haya una expresión libre de las tendencias íntimas del ser. Y así este crítico perspicuo, este doctrinario incoercible que hay en Enrique Espinosa, va dejando en cuanto escribe la huella de una personalidad constreñida pero firme y honrada como pocas.—E. MONTENEGRO.



NOTA BIBLIOGRAFICA

HURGANDO LA VIDA, por Bernabé Gómez.—Ediciones Vertical.—
Buenos Aires

El lector chileno bajo cuyos ojos suele caer de vez en cuando alguna revista de aquellas que como *Claridad* de Buenos Aires, *Vertical* o *Centro* de Santiago del Estero, son medulosos y gratos mensajeros de los espíritus más preclaros de